



HOGAR
DE CRISTO

**MUJERES
BACANAS**



10 BACANAS DE HOGAR DE CRISTO



10 BACANAS DE HOGAR DE CRISTO

© Hogar de Cristo

ISBN: 978-956-7446-13-1

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte ni registrada o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecanismo, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo escrito por el autor.

Edición de estilo: Ximena Torres Cautivo

Impreso por: Imprenta LOM

Impreso en Chile/Printed in Chile

Prólogo

*En el Hogar de Cristo la palabra trabajadores se escribe con "a":
trabajadoras.*

El 80 por ciento de su personal está conformada por mujeres.

Esto tiene una explicación de dulce y de agraz.

Culturalmente, siempre las mujeres hemos estado orientadas al servicio, al dar y al darnos. Al cuidado de los más frágiles y desvalidos: niños, ancianos, enfermos, huérfanos, pobres, personas con discapacidad. Ese mandato o esa vocación –no es tan claro– nos ha confinado a tareas domésticas, íntimas, puertas adentro, poco glamorosas y alejadas de lo público y, por cierto, sin remuneración económica y escaso reconocimiento social. Pese a esto, que está lentamente siendo relevado y corregido en justicia, al punto que hoy se avanza en pos de un Sistema Nacional de Cuidados, existe una gratificación objetiva que tiene el dar y el darse, que propiciaba Alberto Hurtado, el mayor activista social de Chile, y que bien conocen las mujeres.

Cuando él requirió de colaboradores, encontró generosidad femenina, mucho más que masculina. Fueron muchas más las mujeres dispuestas a apoyar la idea de crear un hogar, un amparo, para esos hijos de nadie, que migraban desde el campo a la capital y terminaban durmiendo bajo los puentes del Mapocho o pegados a las murallas de la piscina temperada de la Universidad de Chile en los años 40 del siglo pasado. O para ese hombre aterido de frío que llevó a Alberto Hurtado a reflexionar frente a un centenar de mujeres pudientes que se habían reunido en octubre de 1944 en la sede del Apostolado Popular de calle Lord Cochrane. A esas "señoras y señoritas", como las llamó el Diario Ilustrado, les dijo:

"Cristo vaga por nuestras calles en la persona de tantos pobres dolientes, enfermos, desalojados de su mísero conventillo. Cristo acurrucado bajo

los puentes, encarnado en niños que no tienen a quién llamar padre, que carecen por muchos años del beso de una madre. Cristo no tiene Hogar. ¿No queremos dárselo nosotros, los que tenemos la dicha de uno comfortable, comida abundante y medios para asegurar el porvenir de nuestros hijos?."

Marta Holley, una de las mujeres que lo escuchaba, quien sería una de sus colaboradoras principales, recordó que "estaba transfigurado" y que luego pidió perdón por su discurso encendido. Pero la solidaridad se había desatado. Al final del retiro, ese 19 de octubre, había recibido la donación de una propiedad y una suma de dinero para iniciar "un Hogar para los pobres". Luego, en un sobre anónimo, le llegó una valiosa alhaja; así nació el Hogar de Cristo.

Un hogar, que ha sido construido mayoritariamente por mujeres. Mantenido en pie y en evolución para ajustarse a las distintas formas que han ido adquiriendo la pobreza y la vulnerabilidad con el compromiso sostenido de socias, voluntarias y sobre todo de sus trabajadoras. Un deber y un placer para el conjunto mayoritario de féminas que sostiene este hogar tan especial.

Y que alberga a hombres y mujeres en partes iguales, aunque con mayor presencia femenina en algunos de sus programas. Es en ellos y en todos donde encontramos sin necesidad de buscar tanto, historias de mujeres extraordinarias, que logran superar dificultades que parecen insalvables. Que se las arreglan con poco y nada para salir adelante ellas y sus hijos. ¡Siempre los hijos!, como lo demuestran Eva, Rosario y María Floridema en estas páginas. O para cuidar a los padres, mayores y enfermos, área en que Clemencia y Yanett son casos señeros. También están las que luchan con otros por causas sociales, como la vivienda, en el caso de Gretel, en Alto Hospicio, o un simple plato de comida caliente para los pobres que viven a la intemperie, como Elena, que heredó esa posta directamente del padre Hurtado y a los 93 años sigue haciendo rutas de calle.

Seleccionamos aquí a una decena de mujeres bacanas que participan de los programas del Hogar de Cristo, inspiradas por la acogida que tuvo

nuestro especial web en alianza con la plataforma MujeresBacanas.com que desarrollamos en marzo de este 2022. Ahora cerramos el año, regalándoles y regalándonos estos diez perfiles que revelan la infinita capacidad de superación que tenemos las mujeres. Y la inagotable capacidad de hacer por otros. Son las que asumen aquello que escribió Gabriela Mistral en "El Placer de Servir" como consejo de vida y lo cumplen de manera natural y cotidiana cada hora del día: "Donde haya un esfuerzo que todos esquivan, hazlo tú. Sé tú la que aparta la piedra del camino".

Hay tantas mujeres afanadas en apartar las piedras del camino. Son tantas. Son tan admirables e inspiradoras. Aquí les presentamos a una decena de ellas, que son apenas una muestra de las muchas que hay en el Hogar de Cristo.

**Ximena Torres Cautivo,
Editora**

Si ellas pudieron, nosotras también

Cuidadoras, voluntarias, hijas, madres, abuelas: las historias que reúne este libro dan cuenta de la realidad del Chile hecho y sostenido amorosamente por mujeres. Desde una hija que cuida con amor al padre vendiendo pan, a una abuela que saca sola adelante a sus nietos en una toma en Alto Hospicio, o una madre con problemas de salud mental que se hace cargo de su hijo; las mujeres bacanas que son parte del Hogar de Cristo muestran las fibras de las que está hecho el mapa del país, y también de la fuerza.

Mujeres Bacanas es una plataforma que nació hace seis años, donde destacamos una historia inspiradora al día. Desde Premios Nobel a deportistas, desde matemáticas a cocineras. Nuestras seguidoras, tanto en redes sociales como en encuentros presenciales, siempre nos piden más historias “anónimas”. Quieren ver a sus tías, a sus hermanas, a sus amigas, a sus madres, a sus asistentes sociales o sus profesoras siendo celebradas también. Cada hogar en Chile lleva una historia de esfuerzo y de inspiradora superación; de mujeres que levantan a otros, de mujeres que protegen, de mujeres que entregan su vida al cuidado de los demás, de mujeres que empujan. Porque Chile se compone de mujeres que adoptan nietos, de jóvenes que le dan una vuelta a su destino, de voluntarias que, teniendo poco, viven entregadas a trabajar por los demás y compartir.

Para que sus historias se vean, se festejen y se respeten, es que estamos orgullosas de nuestra alianza con Hogar de Cristo, una institución de más de 78 años y donde las mujeres son mayoría. Una voluntaria en este libro destaca lo importante que ha sido poder trabajar en una institución “reparadora de derechos y no asistencialista”, donde además de cuidar al prójimo o alentarlos a salir adelante, se comienza desde lo más básico: tratarlo como persona, llamarlo por su nombre. Por lo mismo, es importante nombrar a cada bacana, porque verlas y conocerlas es valorarlas, y quizás inspirarse a tener la valentía y humanidad de cada una, la paciencia y el esfuerzo.

Así, una plataforma joven de redes sociales y una institución de décadas se enlazan con una misma ambición: celebrar los logros que la sociedad invisibiliza. Estamos honradas de la invitación a incluir a las mujeres de Hogar de Cristo en nuestra comunidad y de ser parte de este libro. Nuestro lema, esperando inspirar a nuevas generaciones, es “Si ellas pudieron, nosotras también”. En el caso de las mujeres de estas páginas, que lo pueden todo a pesar de las adversidades, cobra más sentido y nos empuja también a mirarnos y querer ser mejores.

Verlas y aplaudirlas es solo el primer paso, su tenacidad nos llena de humildad y fuerza para realmente hacer de nuestra casa, nuestro barrio, nuestra ciudad y nuestro mundo, uno más justo, más cariñoso y mejor para todos y todas. Si ellas pudieron, nosotras también.

Equipo Mujeres Bacanas



G R E T E L
N E I R A
A Q U E -
V E Q U E

La dirigente de Alto Hospicio

Por Ximena Torres
Cautivo

Nos la presentaron hace dos años como modelo de apoderada comprometida en el jardín infantil Camino al Sol, donde han asistido y asisten tres de sus nietos, que están bajo su tuición legal. Son los niños menores de Karla, la hija pródiga que va y vuelve presa de la pasta base. Con esa cruz que la hace vivir con el alma en un hilo, igual se las arregla para liderar a 160 familias que en medio del desierto sueñan con la casa propia.

Vivo con el temor de que golpeen la puerta y sean los carabineros que vienen a avisarme que asesinaron a mi hija Karla, que apareció descuartizada por ahí. Una vez me contó que se metía a dormir debajo de los autos para protegerse y evitar que la violaran. Ella vive en la calle desde hace años.

Gretel Neira Aqueveque (57) es costurera y dirigente de una toma en Alto Hospicio. Madre de seis hijos, abuela de nueve nietos, está a cargo de tres de los cinco hijos de Karla (29), la penúltima de sus vástagos, quien tiene problemas graves de consumo desde los 14 años. “Era mi princesita preciosa, regalona de sus hermanos mayores, hasta que cayó en la droga y empezó a desaparecer como persona, a convertirse en nada. No acepta su rol de madre, de hija, de hermana, y ha devastado a la familia. Es terrible ver cómo alguien a quien pariste, se va destruyendo día a día. Te hace trizas el corazón”.

Gretel nació en Temuco y fue avanzando hacia tierras más cálidas hasta llegar a Iquique hace casi dos décadas. Ha sacado adelante sola a sus hijos y hoy brega por los hijos de su hija, que por estos días está desaparecida. Karla es como un cometa que cada tanto vuelve e ilumina su cielo con la esperanza de la recuperación, pero no. Cada vez, su deterioro es mayor. “Ella es hija de un padre alcohólico. En su ADN está ese gen. Era una adicta positiva al alcohol y se pegó en las drogas, no en el trago. Mis nietos son adictos pasivos a la droga, a la peor: la pasta base, porque la consumieron a través de ella en la etapa del embarazo, y, por eso, debo estar atenta, cuidarlos siempre. Impedir que caigan, como cayó su madre”.

Se ve bien y vital. Pero, a ratos, la tos la ahoga y se hace evidente el mal pulmonar que arrastra. Esa debilidad, la aterra, porque se siente responsable de sus tres nietos menores: Gerson (5) y los mellizos Karla y Jorge (3). **“El primero nació y Karla ni siquiera se enteró por lo volada que estaba. Entonces estaba viviendo en un ruco, en Arica, consumiendo pasta base. Por eso, dicen los médicos, Gerson nació con síndrome de Poland, una enfermedad de los músculos del pecho”.**

Hoy el niño, está bajo la tuición legal de su abuela.

Los mellizos fueron un duro golpe para Gretel. Karla se había perdido por meses, cuando reapareció embarazada por partida doble. **“Fue un shock; eran dos niños más. Sentí que no sería capaz, pero la recibí igual. A los seis meses de embarazo, se arrancó. La encontré en el hospital con síntomas de parto. Hubo que retener a los niños para que maduraran sus pulmoncitos. Le supliqué al médico que la operara. Que le ligara las trompas, pese a sus 27 años. Le expliqué que yo no podía seguir criando más niños. Le dije que me quedaría con los mellizos, pero que no podía con más. Que si la dejábamos así, en un año, llegaría otro; al siguiente, otro y así. Karla dio su consentimiento. Creo que fue**

lo correcto: los niños no tienen que venir a este mundo a sufrir”.

Hoy, Gretel no sabe de ella. Algunas vecinas de la toma le han dicho que la han visto limpiando parabrisas, en muy mala condición. Eso, mientras ella hace lo que puede para que sus nietos crezcan sanos y felices. En esa tarea, agradece la ayuda de “las tías” del Jardín Infantil Camino al Sol del Hogar de Cristo, donde tuvo a “Gersoncito”, como llama al niño de sus ojos, y ahora lleva a los mellizos. **“Decidí que por mi salud mental y el bienestar de los niños, tengo que soltar a Karla. No quiero entrar en una depresión, no me gusta enfermarme y los chiquititos me necesitan. Tengo que estar bien para ellos”.**

Gretel le agradece a la máquina de coser todo lo que tiene.

“

“Decidí que por mi salud mental y el bienestar de los niños, tengo que soltar a Karla. No quiero entrar en una depresión, no me gusta enfermarme y los chiquititos me necesitan. Tengo que estar bien para ellos”.

”

“Siempre he cosido. Día y noche. A veces me pasaba de largo y era mi hijo mayor el que me despertaba. Sabía que tenía que dejarme dormir solo una hora para que luego retomara el trabajo”. Asegura que llegó a tener varios talleres de costura. “Fue cuando vivíamos en la toma de más abajo, pero de repente me fue mal y lo perdí todo. Luego nos desalojaron. Paralelamente, me integré a un comité de vivienda y me eligieron secretaria. El hombre que era presidente del comité, se fue a bailar a Tarapacá y nunca más volvió”.

Así asumió la responsabilidad de dirigente **“y logramos que nos reubicaran aquí arriba. En el Barrio Transitorio Renacer. De los mil que éramos abajo, sólo ciento sesenta logramos calificar”.**

Este sitio polvoriento, que limita con el desierto, donde muchos vienen a botar basura y, al mismo tiempo, las empresas constructoras levantan blocks de viviendas sociales, no tiene calles, sino huellas. Al final de un camino están la casa de Gretel, sus nietos, sus mascotas, y las precarias viviendas de sus vecinos. El paisaje es digno de una película distópica, donde el sol calcina y no hay ni una sombra, donde de día te



achicharras
y de noche te congelas.

Maritza Soto Portales (49), santiaguina, educadora de párvulos y directora del Jardín Infantil Camino al Sol, con capacidad para 150 niños, admira a Gretel. Está a cargo del segundo establecimiento de educación inicial más grande que tiene el Hogar de Cristo en Chile y que funciona en el epicentro comercial de la joven y populosa comuna de Alto Hospicio. Con ella vamos a la casa de “la señora Gretel”.

“Esto cambia cada vez que venimos. Las empresas constructoras, cierran caminos, abren otros. La mayoría de nuestros apoderados

“

Todo lo que ves aquí es producto de puro sacrificio; no sólo mi casa; la de todos mis vecinos. Gracias a un convenio con la Intendencia, ahora contamos con postación de luz y cada uno de los 160 hogares tiene su medidor y cada uno paga su cuenta. Los camiones nos traen agua.

”

son familias muy trabajadoras, pero independientes, sin contrato formal. Muchos trabajan como vendedores ambulantes en la Feria de La Quebradilla, y los más viven en tomas. Llevan años tratando de conseguir una vivienda en Alto Hospicio, donde los asentamientos surgen y surgen, mucho más ahora con la crisis migratoria". Tras un largo camino lleno de vericuetos, llegamos a la casa de Gretel. Es una vivienda tan precaria como ingeniosa.

"Dimos con estos terrenos, después del terremoto, ese 8.8 que lo botó todo por acá, nos los entregaron y nos marcaron el suelo con tiza para hacer las divisiones. Y arréglate como puedas. Ahí levantamos las casas. Día a día, palo a palo, clavo a clavo. Yo entonces tenía una pareja y empecé a levantar mi casa", cuenta Gretel, orgullosa.

La casa no tiene piso. Está armada con material ligero directo sobre la tierra, la que se cubre con linóleo. A la entrada, Gretel improvisó una terraza, con techo de lona, bancas de madera y neumáticos en desuso. Adentro, un baño químico, que le vienen a limpiar por 10 mil pesos cada dos semanas, se abastece de agua con unos tambores que hay en el techo y que rellena un camión aljibe. Adentro hay un living

comedor, con un moderno plasma que ella pone en *mute* para conversar. En torno a este espacio, están la cocina y varios dormitorios, además de una habitación larga, donde tiene su taller de costura.

"Todo lo que ves aquí es producto de puro sacrificio; no sólo mi casa; la de todos mis vecinos. Gracias a un convenio con la Intendencia, ahora contamos con postación de luz y cada uno de los 160 hogares tiene su medidor y cada uno paga su cuenta. Los camiones nos traen agua".

En su rol de dirigente vecinal tiene buenas noticias. "En dos años, estaremos en unos departamentos preciosos. He visto los planos del condominio. Es un sueño". No se apena ni un poco con la idea de desarmar la vivienda que le costó tanto construir. Dice: "Hay que botar todo, vender lo que se pueda. Yo soy una mujer práctica. Dicen que tardarán 18 meses; yo pienso que en dos años estaremos instalados en los nuevos departamentos. Me hace ilusión; las tomas están malas y peligrosas. Será un gran cambio de vida. Si no fuera por lo de Karla, no tendría de qué quejarme", dice la empeñosa "señora Gretel, frente a quien todas aquí nos sacamos el sombrero", como dice Maritza Soto.

A portrait of a woman with long dark hair, wearing a white ribbed turtleneck and a white jacket. The portrait is set within a circular frame against a background of a classroom with desks and chairs. The entire image is overlaid with a vibrant pink and purple color scheme. There are several large, semi-transparent circles in shades of pink and purple scattered around the portrait. Additionally, there are several blue flowers with red stems and leaves, some appearing to be floating or attached to the portrait. The overall aesthetic is modern and artistic.

GERALDINE
GUTIÉRREZ

Lo bueno de lo malo

Por Ximena Torres
Cautivo

Tiene 19 años y está tratando de sacar primero y segundo medio en la escuela Padre Hurtado de Renca. Repitió sexto básico, el año en que su mamá cayó presa. No fue al colegio en pandemia. “Me la pasé en la casa con mi pololo”, cuenta y agrega que hoy irá a verlo a la cárcel. La flamante presidente del centro de alumnos de su colegio, tiene clara una cosa: no quiere ser delincuente. Dice que ha aprendido de lo malo.

“Yo no tengo mala situación económica, pero veo aquí a muchos niños que necesitan apoyo, que andan con las mismas zapatillas viejas, que no traen colación, y otros les tiran la talla, a lo mejor no es en mala, pero una nota que eso a las personas les duele(...)

Su campaña estuvo centrada en una simple promesa: ayudar a los compañeros que tienen necesidad económica a no ser humillados por eso.

Así lo explica la recién electa presidenta del Centro de Alumnos de la Escuela de Reingreso Padre Hurtado de Renca. Linda, bajita, vestida enteramente de blanco, Geraldine Gutiérrez (19), que cursa primero y segundo medio en modalidad dos años en uno, escribió así su propuesta electoral en los carteles que hay pegados en una pared de la escuela: “Realizar ventas y rifas para ir en ayuda de los compañeros que más necesitan”.

Ahora, mientras algunos estudiantes ensayan la consabida cueca dieciochera y el cielo deja caer una lluvia torrencial, explica: -Yo no tengo mala situación económica, pero veo aquí a muchos niños que necesitan apoyo, que andan con las mismas zapatillas viejas, que no traen colación, y otros les tiran la talla, a lo mejor no es en mala, pero una nota que eso a las personas les duele. Yo trato siempre de no burlarme de la gente. Quizás porque he tenido momentos malos cuando me ha tocado estar en otras casas, por eso mi idea es hacer rifas y ventas para los que tienen necesidad de verdad. Pienso ayudarles con cajas de mercaderías, buenas colaciones y también a que anden bien tapizaos.

Tapizarse en jerga local, juvenil, informal es vestirse con ropa cara y de marca, un tema del que Geraldine sabe, porque sueña con ser modelo y le encanta la estética. Ella puede y siempre anda de punta en blanco. También quisiera estudiar kinesiología o una palabra que le cuesta pronunciar y es muy específica: “ar-se-na-le-ría”, como dice con dificultad.

¿Por qué una joven con recursos económicos y tanta claridad de propósitos está en primero medio a los 19 años? De a poco, Geraldine va soltando prendas, repitiendo con fuerza que ella, de lo malo, ha aprendido.

–Repetí curso dos años seguidos y otros dos no estudié. Eso fue por el tema de la pandemia. Yo estaba en el Colegio El Bosque de Renca y con mi familia nos íbamos a cambiar de casa, pero tuvimos unos problemas, las cosas se complicaron y nos quedamos sin colegio, yo y mis hermanos.

Geraldine vive con su mamá y la pareja de ella, al que llama y quiere como si fuera su padre biológico. Lo conoce desde que ella tenía 13 y que él se encargó de celebrarle su cumpleaños número 14. En la casa están sus tres hermanos, de 3, 4 y 13 años. **“Los dos chicos son del mismo papá, la pareja actual de mi mamá, y al papá de mi hermano de 13, lo mataron. Fue**

asesinado. Él era delincuente. ¿Me entiende?

“

Yo repetí el sexto básico. Mi mamá estaba presa, cuando repetí. Estuvo presa tres años. Yo era rebelde entonces; como ella no estaba conmigo, no tuve a nadie que se hiciera cargo de mí. Estaba un pololo de ella que se quedó con nosotros, pero nos pegaba. A mí y a mi hermano de 13. Todos sabían que nos maltrataba, pero él les pasaba plata y nadie decía nada. ¿Me entiende?

”

Poco a poco vamos entendiendo.

¿Por qué estuvo presa tu mamá?

–Por tráfico de drogas. Ella cayó en eso por la vida que le tocó. Ahora ya no lo hace. Tiene una botillería en Conchalí, y está proyectando abrir otra, en una casa que tenemos en Renca. Ella lo único que quiere es darles una buena vida a sus hijos. Siempre se ha preocupado de nosotros. Nunca dejó que viéramos cosas malas, aunque nos criamos en un mundo difícil. Mi mamá sufrió mucho maltrato. Aunque tiene hermanas, nunca le han servido de apoyo. A los 14 años, quedó embarazada de mí; me tuvo a los 15. Muy joven, tanto que ahora la gente cree que somos hermanas.

¿Qué edad tiene ella?

A Geraldine le cuesta sacar esa sencilla cuenta, ya nos había dicho que es mala para las matemáticas. Se sorprende, cuando le decimos que su mamá tiene 34, casi como si hubiéramos hecho magia. **“A mí siempre me ha costado la matemática, aunque la profe Lorena me ayuda. La historia me gusta, aunque igual es complicada”.**

Dice que lo que más lee es el celular. Claramente, los libros no han estado nunca cerca de ella. Su interés por las carreras del área médica, nació de su reciente poco paso por el quirófano.

Ando fajada casi siempre, porque hace poco me hice una lipoescultura. Fue en la clínica Monteblanco, justo cuando cumplí 18. Me llaman la atención los que trabajan en las clínicas.

¿Por qué siendo tan linda, tan bien hechita, te operaste?

–La verdad es que primero yo quería ponerme implantes en... el **poto** –susurra, como quien hace una confesión infamante. Luego explica: –Después pensé que sería muy exagerado. Yo me descuidé durante la pandemia, pasaba encerrada en la casa con mi pololo. Era flaca igual, pero menos, estaba más gordita y medio deprimida. Al final, me sacaron 500 gramos en total.



La operación se la pagó su mamá. **“Ella sabe que siempre me ha gustado el modelaje, la estética. Me pagó también un curso de colorimetría. Sé hacer mechas, balayage, colores”.**

¿Cómo es la relación con tu mamá?

–Yo la admiro; es una mujer fuerte. Con todo lo que le ha pasado, siempre se da fuerzas y nos ha sacado adelante. Siempre nos ha dado plata, incluso cuando estuvo presa. Entonces me pagó un curso de modelaje, pero las clases eran los días de visita en la cárcel de Rancagua y yo prefería ir a verla, así es que no terminé el curso.

Geraldine cree que a su mamá “no le ha servido Dios y eso que lo ha necesitado tanto”. Y afirma: “Yo sí creo mucho en Dios. Soy cristiana evangélica, desde chica”.

Tampoco a ella le ha servido siempre; ha tenido momentos muy complejos. Tempranas crisis de pánico. “Yo, le confieso, probé la droga. Tomaba Clonazepam; una vez me intoxicqué y tuvieron que llevarme al hospital. Después fumaba marihuana. Hoy mi único vicio son los cigarrillos. Hubo un tiempo en que era adicta a las bebidas gaseosas. Tomaba tanto que me dolía el pecho. Era una época en que sufrí mucho, el tiempo en que mi mamá estuvo presa”.

¿Nunca estuviste en el Sename?

–Intentaron llevarnos. A mí y a mi hermano, el que ahora tiene 13, pero había familia que nos podía cuidar. Yo no habría podido vivir sin

mi hermano, me siento responsable de él, aunque nos llevamos pésimo, porque es súper atrevido. Le va mal en el colegio, está casi repitiendo. Yo creo que está en la edad del pavo, y no puede vivir sin su teléfono. Eso yo creo que es muy dañino para los niños. Bueno, a veces todavía me dan crisis de pánico. Siento que me van a matar en los lugares más raros y se me aprieta el pecho. Hay algo con el mundo en que vivió mi mamá, que marca, lleva a otras cosas. A mi padrastro le pegaron un balazo cuando vivíamos acá en Renca. Fue una venganza. No sé. Ahora él no puede caminar bien.

Geraldine conoce más gente presa que en libertad. El mundo del hampa la ha envuelto desde siempre. Eso cree que la marca, pero al mismo tiempo la ha fortalecido:

–La gente no te mira bien, pero a uno se le abre la mente. Madura más rápido. Entiende el mundo. A mí muchos me piden consejo. Yo soy trabajadora. Acá hay chicos que salen de clases y van puro echarse y a mirar el teléfono a sus casas. Yo no. Llego a puro hacer aseo. Soy lunática del aseo. Yo veo algo cochino y no puedo parar de limpiar.

“

No quiero caer presa

”

Hoy, anda como dijimos con el mejor de los outfits. Toda blanca y “sin faja”, nos comenta. ¿Por qué? “Hoy voy a ver a mi pololo a la cárcel y, como te revisan al entrar, la faja es una molestia. Él está preso porque se portó mal. Ha tenido una mala vida. Nunca ha estado con sus papás. Lo condenaron por porte de drogas”, dice mostrándonos la foto de un joven, casi un niño, con jockey. Cuenta que no lo conoció de la mejor forma. “Él iba a venderle cosas a mi papá”.

¿Cosas robadas?

–Cosas robadas de oro. A mí me gusta mucho el oro. De mona, nomás, creo. Mi mamá le tomó cariño al Gabriel, así se llama. Yo creo que lo ve como un cabro chico, pacquiao en la vida. Y lo quiere. Se ve mucho reflejada en él, porque él tampoco ha tenido apoyo de nadie de su familia.

¿Y está de acuerdo en que sean pololos?

–Al comienzo, no, pero ahora no

pone problemas. Yo sé que él es bueno, lo he visto llorar, sé que lo único que quiere es una familia. Veo como cuida a mis hermanos chicos. No es violento. Él es el primer hombre con que he estado. La primera vez que tuvimos relaciones le conté a mi mamá y le dije que sé que me quiere.

¿Qué opinas del feminismo?

–Esas son las que quieren que la mujer sea libre en todo sentido. Eso me parece bien, pero no me gustan porque están a favor del aborto y yo creo que eso es un crimen. Yo me valoro a mí misma. Me doy mi lugar y me hago respetar. Gabriel a mí me respeta, nunca me ha levantado la mano ni dicho un garabato. Yo eso no se lo aceptaría.

Geraldine afirma que ha sufrido acoso de los hombres desde niña. Que en cosas feas que le pasaron cuando chica radican sus crisis de pánico. Nos cuenta cuando un hombre mayor la tocó en la piscina de Lo Velázquez, donde había ido con un grupo de amigos. Tenía 15 años. Dice que nadie hizo nada, salvo su padrastro. “Yo le conté y ubicó al tipo y le sacó la cresta. Cuando pasa algo así, te sentís sucia, muy mal. Por eso puedo ponerme en el lugar de las personas que han sido violadas o humilladas”.

Por eso ahora no quiere que sus compañeros de la Escuela de reingreso Padre Hurtado sean humillados por su pobreza. Y es la recién electa presidenta del Centro de Alumnos. Supo de la existencia de este establecimiento por su amigo Javier.

“Él es como si fuera otro hijo de mi mamá. Nos criamos juntos. Es porfiado. Se fue por malos caminos. Cuando mi mamá estuvo presa, él también cayó a la cárcel por no sé qué cuestiones con unos gallos de Cerro Navia. Mi mamá tuvo que pagarle el abogado. Después entró acá y logró aprender harto”.

¿Qué esperas tú del colegio, qué futuro te imaginas?

–En esta escuela, en el tiempo que llevo, he aprendido más que en cualquiera otra que estuve. Te explican de otra forma, tienen paciencia y están encima de ti. La profe Lorena me hace integración y me enseña matemáticas. Es buena. Yo he vivido muchas cosas malas en mi vida, pero creo de lo malo también se aprende. Yo ahora soy una persona adulta y sé que no quiero una vida delictual para mí. He tenido mucha familia presa, he conocido hartas cárceles y no pienso ensuciar mis papeles y caer detenida. Y para eso tengo que esforzarme, terminar de estudiar, sacar el cuarto medio, pese a lo mucho que me cuesta concentrarme. Tengo algo muy claro en mi mente: no quiero ser una delincuente.

“

Yo he vivido muchas cosas malas en mi vida, pero creo de lo malo también se aprende. Yo ahora soy una persona adulta y sé que no quiero una vida delictual para mí(...)

”

A woman with dark hair, wearing a white textured sweater, is the central focus. She is holding several white lilies. The image is framed by a large, semi-transparent circle. The background is a warm, golden-yellow color with several overlapping circles in shades of orange and red. The overall aesthetic is soft and artistic.

CLEMENCIA

C A L -

D E R Ó N

La jardinera

Por Ximena Torres
Cautivo

Él tiene 92; ella 67. Viven en una casa flamante en una loma con vista al mar en el pueblo de Pichilemu. Si miran para atrás, comparten un pasado de inquilinaje campesino que parece muy antiguo: ni el padre ni la hija fueron a la escuela, no saben leer ni escribir. Si miran adelante, saben que a él le queda poco. Si se centran en el hoy, son una pareja casi perfecta, donde ella pone las flores y el cuidado.

“ Lo más lindo que me ha dado la vida son mis padres y mis hijos. Hoy soy una abuela y una hija feliz. ”

Clemencia Calderón (67) cuida a Luis Enrique (92), su padre, desde hace casi cuatro años.

Y lo tiene como rey.

Con el pijama impecable, planchado y perfumado; el pelo y la barba, cortitos; la pieza tibia y la ropa de cama almidonada.

La casa huele a cloro, a cera, a aseo profundo, mientras el ronroneo del colchón anti escaras se escucha de fondo. A Luis, que se reconoce pretencioso, hay que hablarle fuerte y claro. La sordera obliga, pero no ha perdido un ápice de lucidez y le encanta recibir visitas, jugar a las adivinanzas y hacer recuerdos de cuando era un inquilino en un gran fundo en la zona de Cardonal de Panilonco, al norte de Pichilemu, en la provincia de Cardenal Caro.

La trabajadora social María José Guevara y la técnico social Jessica Díaz, del Programa de Atención Domiciliaria para Adultos Mayores de Pichilemu del Hogar de Cristo (PADAM), nos habían contado que tenía parte de su vida en fotos antiguas pegadas en la pared del dormitorio donde hoy pasa los días. Con sus 92, es el más añoso de los participantes del PADAM de la zona.

Tal cual, al entrar a su habitación, en una de las cuatro murallas pintadas con látex brillante de vibrante color azul, vemos a Luis de niño, con chupalla; en grupo, de adolescente, cuando “los patrones iban a zorrear, a conejar, a liebrear” y a él le tocaba organizar y apoyar las jornadas de caza en el fundo. En otra, aparece “ya hombre” junto “a las bestias”, como llama a los caballos de los cuales estaba encargado. “Eran más de 50”, pero él menciona con especial cariño a “la yegua Linda y al Chercán”.

Clemencia, su hija y cuidadora, quien dejó a su marido, ahora que sus hijos son adultos y su papá la necesita, lo mira con ternura. Es bajita, de pelo castaño pintado de canas y grandes ojos pardos.

“

(...) nosotros trabajábamos de sol a sol; el sol mandaba la vida; con Frei Montalva, eso cambió

”

El living es amplio y tiene vista al mar de Pichilemu, porque la flamante casa está en una loma sobre el pueblo.

Tiene claveles y liliums en los floreros y por el gran ventanal que da al Pacífico se aprecia el talento de Clemencia para la jardinería. Súper dotada de dedos verdes, ha hecho maravillas en el sitio de su padre, donde proliferan cactus y suculentas y florecen rosas, crisantemos y malvas.

Sentadas en la mesa del comedor, va recuperando trozos de un pasado campesino, que parece muy antiguo pero que no tiene más edad que ella.

Es una vida de campo que, en este sector costero, con una agricultura de rulo, se transformó con la Reforma Agraria. Luis Enrique recuerda los tiempos en que, a su juicio, Chile tuvo el mejor presidente de su historia, Eduardo Frei Montalva: “**Antes de ese señor, nosotros trabajábamos de sol a sol; el sol mandaba la vida; con Frei Montalva, eso cambió**”.

Clemencia era una niña entonces. Era la melliza de Clemente, los hijos menores del total de cinco que tuvo Luis Enrique con Susana del Carmen Moraga. “**Mi papá era inquilino del fundo, tal como lo había sido su abuelo. Él no fue nunca a la escuela, pero era seco para**

sacar cuentas. A los 12 años, ya estaba trabajando en el campo, sembraba papas, porotos. Además, cuidaba el ganado y los caballos. Igual que él, yo nunca fui a la escuela; entré a una por primera vez cuando me tocó ir a las reuniones de padres y apoderados de mis hijos. A mí me enseñó la patrona a leer y a escribir, como a la mayoría de los niños del fundo. Ella se llamaba Marta Arriagada y estaba casada con el señor Edmundo Jaramillo”.

Hoy Clemencia tiene una firma primorosa. Con una caligrafía cuidada, estampa su nombre en el recibo de la entrega de una caja de abarrotes y una bolsa de pañales del Hogar de Cristo. Agradece la ayuda, pero más que nada, la visita de la dupla social. Es evidente que entre Clemencia, María José, Jessica y Luis Enrique hay una relación amistosa de años. Ellas conocen bien a padre e hija, y los apoyan lo más que pueden.

Como Clemencia no sabe escribir más que unas cuantas palabras y no lee nada más que lo básico, ellas la ayudaron cuando postuló al FOSIS. “Me costó mucho salir adelante cuando me inscribí, pero finalmente logré obtener un horno para hacer pan y tener una actividad productiva. Los fines de semana preparo pan para una señora que tiene un negocio,

“

A mí me enseñó la patrona a leer y a escribir, como a la mayoría de los niños del fundo. Ella se llamaba Marta Arriagada y estaba casada con el señor Edmundo Jaramillo.

”

lo mismo en el verano. Me costó lograrlo, porque no sé escribir y leer bien, pero una sobrina y el mismo señor del FOSIS me ayudaron a rellenar los formularios y esas cosas que yo no podía hacer”, dice, orgullosa –y con razón– de su logro.

Cuenta Clemencia que en las casas patronales de Cardonal de Panilonco recibían a gente famosa: “Venían la Desideria, que era una actriz muy popular; el presidente Eduardo Frei Montalva y el que fue presidente después, Patricio Aylwin. Eran dos fundos: Centinela y Panilonco, ambos propiedad del señor Julio Arriagada”.

Clemencia jugaba en las largas vacaciones de verano de antaño

con una niña invitada, que luego se convertiría en celebridad y sería pareja de uno de los hijos de los patrones: Beatriz Rosselot. “¿La conoce? Era una de las bailarinas del programa Música Libre. Después, fue mi patrona. Trabajé con ella en el fundo, cuando venía de vacaciones. Yo cuidaba a sus niños. Fue ella quien me regaló ese cuadro de rosas”, dice, aludiendo al colorido óleo que da la bienvenida a la casa de su padre.

Cuesta relacionar un recuerdo setentero tan pop con los recuerdos agrarios, que suenan casi coloniales. “El fundo Centinela tenía 3 mil 400 hectáreas y Panilolco, 2 mil 200. En el censo de 1970, las dos propiedades contaban con 31 viviendas con 213 habitantes, siete por vivienda, y sólo 935 eran arables”, dice la Enciclopedia Colchagua. Clemencia vivió allí, con sus padres, hasta que se casó. “Era mayorcita. Tenía 34. Tuve a mi hija, la menor de los tres, con 41 años, por eso me felicito de tener ya un primer nieto”.

No se felicita, en cambio, de haber dejado solos a sus padres. Sobre todo a su mamá.

–Ella cayó en una depresión cuando me fui y luego sufrió un accidente cardiovascular. Murió joven, a la edad que yo tengo ahora. Cuando ella enfermó, mi papá se vino al pueblo, acá a Pichilemu. A mí me duele mucho no haber estado cerca para cuidarla. Entonces mis niños eran chicos, de 4, 6 años; no tenía un peso; no me atrevía a decir nada, era miedosa; y vivía lejos en la comuna de Litueche, en una parcela, con mi marido.

Esa culpa y la ternura que le provoca la longevidad y la lucidez de Luis Enrique, la tienen amarrada a él y dice que si su papá la llama, porque tiene pena, quiere hacer recuerdos o llorar con ella, deja todo tirado. “Lo que sea que esté haciendo, me da lo mismo: almuerzo, aseo, pan, jardín, qué me importa. Pienso quizás este es un último rato de conversación de los dos; no puedo



perdémelo y me instalo a su lado”.

¿Has pensado en qué harás cuando él ya no esté?

Clemencia se quiebra. Llorosa, dice que no quiere pensar en eso. Que por ahora ella y él son uno solo. **“Lo más lindo que me ha dado la vida son mis padres y mis hijos. Hoy soy una abuela y una hija feliz. Cuido a mi único nieto cuando puedo y entiendo y atiendo a mi padre todos los días, a toda hora. Para saber qué quiere, nos basta con una mirada**

o un gesto. Estaré con él hasta que me necesite. Se lo prometí a mi madre; se lo debo a ella”, responde y, tal como canta Violeta en La Jardinera, Clemencia cultiva la tierra y en ella, sin duda, espera encontrar remedio para su pena cuando llegue el momento.



ELENA
DONAIRE

Voluntaria histórica

Por Matías Concha P

La conocemos desde hace años, la hemos entrevistado tres veces, es la encarnación del compromiso solidario y una devota de la obra social del padre Hurtado. Ahora, con 93 años, se niega a dejar de asistir a los más pobres. Es una misión que nació de una promesa que le hizo a Alberto Hurtado y que ella cumplirá hasta que le den las fuerzas.

“ Han sido décadas de buscar ataúdes para personas que, de muertos, siguen siendo pobres...”

Es franca, directa e irreverente. Conversar con ella nos transporta al Chile de los años 40, el de una pobreza profunda y excluyente. Partió como voluntaria en la Fundación del Padre Hurtado, luego su interés se orientó a las personas privadas de libertad. Y cuando se produjo el golpe militar, siguió como voluntaria clandestina. “Como había toque de queda, salía con un pañuelo blanco a repartir medicinas a los campamentos”, recuerda.

Elena Donaire lleva más de 40 años de hacer voluntariado. Sin ser ella una mujer próspera ni mucho menos, pero tiene el gen de la solidaridad. “¡He visto morir a tanta gente pobre! Si te contara las veces que tuve que ir a conseguir ataúdes, no terminaríamos nunca. Han sido décadas de buscar ataúdes para personas que, de muertos, siguen siendo pobres. Cuánta falta hace hoy el Padre Hurtado”.

¿Qué recuerdo tienes de él?

-Era bueno para conversar con la gente. Hoy dirían que era un gallo medio hiperkinético porque siempre andaba haciendo algo, no paraba. Me acuerdo de una vez que fuimos a buscar niños al Mapocho, pero la camioneta se quedó en pana. Al final, todos tuvimos que empujar la camioneta, pero él se lo tomaba con humor.

Recientemente, Elena reveló que su misión tiene su raíz en la amistad con Alberto Hurtado, fundador del Hogar de Cristo, a quien antes de morir “le prometí seguir sirviendo a la gente, tal como lo hacía él”.

“Ese es el motivo más grande que tengo para seguir ayudando, esto es mi alegría. Yo voy a salir a la calle a ayudar hasta el día en que el de arriba me llame. Yo sé que si el padre Hurtado estuviera vivo, estaría aquí en la calle ayudando conmigo, me gustaría estar al lado de él”.

Para ella, que vive sola en una pequeña casa en la comuna de Pedro Aguirre Cerca, y que trabaja vendiendo ropa para perritos en una feria libre cerca de su hogar, “no importa que llueva, que haga frío, no hay excusas para no salir a ayudar a las personas. Espero desesperada que me pasen a buscar,

por la sencilla razón de que quiero estar junto a esta gente, me agradan y me hacen feliz. Me sé sus historias, me las cuentan, claro que a veces me voy con mucha penita, porque no puedo ayudar más. Sé que yo voy a llegar a una casa, me voy acostar bien y veo que esta gente no”, expresa.

“

Le prometí a Alberto Hurtado seguir sirviendo a la gente, tal como hacía él. Ese es el motivo más grande que tengo para seguir ayudando, esto es mi alegría. Yo voy a salir a la calle a ayudar hasta el día en que el de arriba me llame(...)

”

¿En todos estos años qué historia te ha marcado más profundamente?

-La Adelita, ella pedía limosna cerca de la calle San Diego, una fundación le arrendaba una piecita. Yo le agarré cariño con todas las visitas, hasta que un día la llevé a la Posta Central. Me dio tanta pena porque el médico al verla, dijo: “A esta indigente yo no la puedo atender ni examinar, tienen que bañarla”. Me conseguí afuera dos baldes de agua y la bañé, tenía bronconeumonía. Fue súper triste, porque falleció al tiempo después.

¿Crees que las cosas han cambiado algo?
-Ahora la pobreza es más oculta, menos evidente. Pero siempre se jode primero a las mujeres, a los migrantes y a los niños. Eso es algo que impacta, la pobreza hoy es otra. Por ejemplo, en Renca, hace más de 10 años, a una jovencita le quitaron su guagüita, se la llevaron al Sename. Después de ese abuso, no volvió a ser la misma, se trastornó. Tú la veías siempre cargando una muñeca, iba para todos lados con ella en brazos, como si fuera su hija. Fue muy injusto porque muchos hombres abusaron de ella, se aprovechaban de que ya no le importaba nada. Por años, la fui a ver, debe haber tenido como 25 años.

¿Nadie la pudo rescatar?
-No, la encontraron muerta. Aún me pasa que cuando salgo a ruta calle con los del Hogar de Cristo, me imagino verla caminando con su muñeca, sentada al lado del kiosco donde se ponía a llorar la pérdida de su guagüita.

Hoy, Elena vive con la Pensión Garantizada Universal. Dice que debe elegir entre pagar la micro o comprar

sus remedios. Han pasado varios meses desde que no se une a una ruta calle. El equipo de voluntarios considera que está haciendo mucho frío para que una persona de 93 años esté en la calle. Sus amigos de Hogar de Cristo le preguntan cómo se siente y ella responde: **"Vamos nomás, continuemos"**.

¿De dónde sacas tanto aguante?

-Del flaco de arriba.

¿Dejarás la ruta calle algún día?

-No, quiero morir con la chaqueta del Hogar de Cristo puesta, voy a cumplir con mi promesa. Llevo más de 60 años con la gente en situación de calle, comencé con el padre Hurtado y lo haré hasta que no me den las fuerzas.





E V A
R O A
S I L V A

Una Eva vidente

Por María Teresa Villafrade

Desde hace cuatro años, participa del Programa de Atención Familiar (PAFAM) de Hogar de Cristo en Valparaíso. Desde entonces, la hemos visto desplegar una serie de talentos y habilidades que ella misma se ha preocupado de cultivar con mucho tesón. Por ocho años, cuidó a Alberto, postrado a causa del Parkinson, el hombre que la salvó de su vida en la calle junto a sus hijos pequeños. Una historia digna de admiración.

“(...) El amor que recibí de mi familia era lo mejor que me había pasado en la vida. Yo era pobre, pero era feliz.”

Eva Roa Silva nació el 24 de junio de 1958, en una noche de San Juan en Talcahuano. Madre de tres hijos, llegó hace 44 años a vivir a Valparaíso, “por amor”, como recalca. Se vino siguiendo al padre de su primer hijo. Lo tuvo con apenas 15 años y casi de inmediato quedó embarazada del segundo. Pero, estando ya radicada en el puerto, descubrió que había sido engañada y que su pareja era un hombre casado.

“Yo, para no entorpecer ni molestar a nadie, por iniciativa mía, decidí vivir en la calle”, cuenta con voz entrecortada. En su humilde pero hermosa casa del cerro Placeres, rememora un pasado del cual no se arrepiente. “En la calle aprendí a valorar las cosas que yo tenía, porque tenía mamá y papá, mi hogar se componía de 7 hermanos y el amor que recibí de mi familia era lo mejor que me había pasado en la vida. Yo era pobre, pero era feliz”, dice sobre su infancia.

Eva habla con mucha poesía cuando señala que “el aire, la tierra, la lluvia y el sol fueron mis compañeros desde niña”, pero después de recorrer embarazada de seis meses y con un hijo de 5 años tomado de su mano todos los cerros de Valparaíso, recuerda cosas más duras, como que durante

muchos días comió de la basura. Eso hasta que tuvo a Emilio en el hospital Deformes de la avenida Argentina. La guagua, un varón, le dijeron, que había nacido muerto, producto de una grave septicemia que ella tuvo al momento del parto...

Pasaron casi dos décadas hasta que el mismo Emilio llegó a tocar la puerta de su casa contándole que había sido adoptado por una pareja de holandeses y que vivía en Europa.

“Mi impresión fue gigante. Porque después del parto y cuando me dieron de alta, yo escuchaba la voz de mi hijo, lo sentía llorar. Yo había tenido un tercer hijo, el Marco, y no entendía qué había pasado. Pero Emilio vino como cuatro veces a verme a Chile y, aunque habla otro idioma, yo igual le entiendo, y me pidió no hacer nada legal, porque su familia holandesa lo había cuidado bien y no quería dañarlos”, dice.

Coincidió que a raíz de ese episodio lamentable de la pérdida de su hijo, Eva fue diagnosticada de esquizofrenia, una enfermedad que la acompañaría toda su vida. Vivió mucho tiempo en situación de calle hasta que conoció a Alberto, un conductor de

micros, mucho mayor que ella, que compadeciéndose de su situación, la dejó dormir con sus pequeños en el vehículo que manejaba. Así nació el amor y después se fueron a vivir juntos en la casa de Alberto.

Eva lo cuidó durante 8 años, amorosamente. Quedó postrado a causa del Parkinson y murió el 18 de mayo de 2021.

“Estaba devastada, caí en depresión pese a que sabía que su muerte era inevitable”, cuenta.

Desde hace cuatro años, Eva está acompañada por la monitora social, Paulina Contreras, del Programa de Apoyo Familiar (PAFAM) del Hogar de Cristo. Ella la asesora en todos los aspectos que tienen que ver con la salud y los aportes estatales a los que tiene derecho, además de vincularla con redes que le ayuden a aliviar la sobrecarga de trabajo. Eva la considera como la hija que nunca tuvo, porque en todo este tiempo le ha enseñado a valorizarse y cuidarse mejor.

Si bien hoy vive con su hijo menor, Marco Antonio (40), quien tiene consumo problemático, Eva se las ha arreglado para trabajar incansablemente,

tejiendo unas espectaculares mantas a crochet con lana reciclada, preparando almuerzos para voluntarios de TECHO que llegan al puerto en invierno o verano, contando cuentos a una adulta mayor de Viña del Mar y, recientemente, dando consejos a quienes se lo piden.

“Desde niña noté que tenía percepciones más allá de lo común, porque nací en la noche de San Juan”, dice.

Paulina Contreras agrega que tras la muerte de Alberto, la postularon para recibir apoyo psicológico de dos estudiantes en práctica de la Universidad de Playa Ancha. **“Esas sesiones le hicieron muy bien porque estaba como en un pozo, muy deprimida, y ahí redescubrió sus vivencias extrasensoriales, se empoderó tanto, que se convirtió en consejera. La gente hoy se acerca a su casa para recibir consejos y le pagan con dinero o mercadería”,** revela.

Su energía es tal que han aflorado muchos más talentos. Además de recolectar objetos para revenderlos, va a visitar una adulta mayor en Viña del Mar, cuya hija conoció cuando andaba “cachureando”.

“Le cuento historias porque también me gusta escribir cuentos, tengo

un pequeño libro en donde voy anotando lo que se me ocurre en el momento”, explica Eva.

Su red de contactos no para de crecer. Estuvo muy limitada durante los años que tuvo que cuidar a su pareja y a su hijo, sin más ingresos que la pensión de invalidez. Ahora, como un ave que despliega sus alas, va dejando atrás los años de lucha y frustración.

En su familia hay varios integrantes que tienen diagnóstico de salud mental, por lo que ella se mantiene alejada y enfocada solo en su hijo Marco.

“

Desde niña noté que tenía percepciones más allá de lo común, porque nací en la noche de San Juan

”

Paulina Contreras admira el tesón y la perseverancia de esta mujer. **“En general, las cuidadoras que nosotros apoyamos son mujeres muy vulnerables, con escasas redes de apoyo, sus familias se han alejado por un tema de prejuicios por el tema de la salud mental. Entonces ellas viven una doble vulneración, porque están desprotegidas en lo económico y social. Porque van a los Cesfam, a los hospitales y no están claros respecto a los diagnósticos, a la farmacología. En general, son pasadas a llevar. No saben muy bien qué hacer ni qué puertas tocar”**, denuncia.

La trabajadora social afirma que cada familia de las 60 que tienen a su cuidado los tres monitores del PAFAM de Valparaíso, es un mundo totalmente distinto. **“Nuestro trabajo se sustenta en el vínculo, porque así conocemos las necesidades de cada una. Eva, a pesar de haber pasado por muchas dificultades, es súper resiliente y tiene muchas ganas de salir adelante”**.

Si bien la casa en que vive se la dejó por escrito Alberto en un cincuenta por ciento como su propiedad, Eva tiene su libreta de ahorro para la vivienda y, aunque ha postulado otras veces, espera pronto acceder a ella.

“Cuando llegué aquí este era un sitio pelado, la casa la construimos a pulso entre los dos”, cuenta, orgullosa, mostrando cada rincón de su casa y jardín hoy adornado con plantas y flores.

Paulina Contreras está pendiente de que Eva siga con sus controles médicos y que **“no se abandone en pos de otros”**.

“

Nuestro trabajo se sustenta en el vínculo, porque así conocemos las necesidades de cada una. Eva, a pesar de haber pasado por muchas dificultades, es súper resiliente y tiene muchas ganas de salir adelante.

”



FRANCISCA
SUBER-
CASEAUX

La hermana exagerada

Por Ximena Torres
Cautivo

La conocemos y la queremos desde hace más de dos décadas. De cuando como joven periodista fue a reportear a las monjas benedictinas de claustro en Rengo y se quedó allá dos años como novicia. Ahora nos reencontramos: se ha convertido en la hermana Fran, no porque sea monja, sino porque no tiene otra manera de llamar a los hombres en situación de calle.

Descubrí que mi vocación es social, no religiosa...

Tiene las paletas separadas, la nariz respingada, el pelo largo y canoso, cuestión que resuelve con seis lucas en una peluquería de Rengo. **“Llevando, yo el producto”**, precisa, riéndose, Francisca Subercaseaux Medina (50), ex periodista, ex novicia de claustro y hoy creadora y directora de Fundación TODOSUNO.

Vive aquí, desde hace unos cinco años, en este helado sector de la región de O'Higgins, donde hasta los parronales necesitan estufas. En 2018, resolvió dejar de venir mensualmente donde sus amigas benedictinas e instalarse acá. Arrienda una vivienda de inquilinos con vista a las viñas, al norte de Rengo. Sus vecinos se refieren a su domicilio como “la casa de la monja”, aunque no es monja.

Cuando era una joven e ilusionada periodista del equipo fundador de revista “Sábado” de El Mercurio, partió a reportear la vida de unas monjas de claustro, las benedictinas de Rengo. Era fines de 1999, cuando fue... y no volvió en dos años. Se quedó dentro. Ahí adelgazó muchos kilos, hizo amigas entrañables y descubrió que no tenía vocación para la vida religiosa. **“Lo mío es lo social, definitivamente”**, dice hoy, feliz de estar satisfaciendo esa inquietud.

Antes, trabajó en Canal 13, donde fue mano derecha del encargado de velar por los estándares de los contenidos, el periodista Paulo Ramírez. Pero se hartó: **“No había estudiado periodismo para centrarme en cuánto costaba el vestido de Cecilia Bolocco. Entonces me tocaba participar de reuniones donde el entonces gerente de programación, Vasco Moulian, sostenía que el éxito en televisión se resumía en PPD: poto, pechugas y desgracias”.**

“

No había estudiado periodismo para centrarme en cuánto costaba el vestido de Cecilia Bolocco

”

Decepcionada, la hija del conocido publicista Martín Subercaseaux, sobrina de la escritora Elizabeth Subercaseaux y del pintor Juan Subercaseaux, estudió pedagogía, hizo clases, trabajó en el Hogar de Cristo, administró una parroquia, hasta que se decidió a ser misionera en el Congo.

Cuenta que estaba toda su familia en el aeropuerto para despedirla,

cuando le avisaron que se había desatado una guerra civil y que no podían entrar extranjeros a su país de destino. Se le cayó el alma a los pies. Había dejado pega, vendido muebles, auto, arrendado su departamento y no tenía dónde vivir. Partió a Rengo, su refugio. Hoy, en ese pueblo de la Región de O'Higgins, a escasos kilómetros del precioso Monasterio de las Benedictinas, encontró su Congo y su misión en Chile.

-Llamaron de Rancagua a las cinco de la mañana para avisar que había un hombre durmiendo en un basural, que estaba escarchado, medio muerto y preguntaron si lo podíamos recibir. Yo, que era novata, dije que sí al tiro. Era una persona no valente, venía hecho pipí, con el cuerpo lleno de llagas. Lo ingresamos y, de a poco, Francisco empezó a recuperar el habla y con ello la dignidad. Nunca supimos cuánto tiempo llevaba en el basural o si tenía a alguien en el mundo. Estuvo un año acá. Todos lo cuidaban y querían mucho. Había perdido el equilibrio; se caía mucho. Murió en 2021 de 66 y fuimos todos a despedirlo. Era un hombre joven con una vida vieja. Una vida envejecida por la soledad y la falta de afecto.

Francisca llama “hermanos” a los 200 hombres que ha conocido desde que



partió
en 2017
como voluntaria

en la Hospedería de Hombres San Benito del Hogar de Cristo en Rengo. “No puedo decirles usuarios o acogidos, como se estila. Tampoco soporto que ellos me digan tía, así es que, aunque suene medio evangélico, nos tratamos de hermanos”.

Ella empezó a venir por pocas horas a diario desde el Monasterio y descubrió que la hospedería abría a las 6 de la tarde y cerraba a las 8 de la mañana. “Ahí me di cuenta de que no podía ser que de día se quedaran en la calle. Había que hacer algo para mantenerlos bajo techo, abrigados y alimentados, sobre todo a los viejos. Así evitaríamos que machetearan en la calle, ganaran dos lucas y se las

tomaran, porque se les iba la vida en eso”.

Decidida, logró que le pasaran la parroquia frente a la Hospedería y le regalaran alimentos. Ahí estuvo durante meses, dando almuerzo a cerca de 50 personas en situación de calle. La mitad eran de la Hospedería y el resto llegaba por recomendación boca a boca. “Yo cocinaba para ellos con los alimentos que me empezaron a donar algunas empresas, pero se hizo necesario crear una fundación para recibir esos aportes de manera formal.

Tuve que sacar personalidad jurídica; ahí me ayudaron varias personas y nació TODOSUNO”.

Y llegó el COVID-19.

-Fue el mejor regalo que he tenido en mi vida, porque de la precariedad con que atendíamos en la parroquia pasamos a tener una alianza formal con la Hospedería del Hogar de Cristo para trabajar de manera indefinida 24/7. Hogar de Cristo se hace cargo del funcionamiento de la casa desde las 18 horas hasta las 8. A esa hora, llego yo para atender a los hermanos en el día. En la parroquia tenía un baño para cincuenta personas,

una cocina enana, así es que acá las condiciones de trabajo cambiaron del cielo a la tierra.

Cuando las cuarentenas terminaron, la jefa de operación social de la región del Hogar de Cristo, Monserrat Duarte, y el jefe de la Hospedería, Juan Farías, analizaron lo virtuoso que había sido trabajar en alianza y le pidieron que se quedara. Cuenta que ha aprendido mucho: **“Yo soy demasiado exagerada, por eso la visión del Hogar de Cristo, profesional, reparadora de derechos y no asistencialista, me enseñó a no llorar todo el día, porque al comienzo todo lo que veía me parecía muy fuerte”.**

Sensible, se emociona, recordando a sus amigos muertos. A los cuatro que ha acompañado en su buen morir. En especial a uno: **“Jorge Benelli llevaba muchos años en el Hogar. Era precioso, con unos ojos azules transparentes. Tenía una cirrosis hepática grave. Pasaba de ser el Mahatma Gandhi a un demonio, todo a causa de que la sangre se le envenenaba y el cerebro no le funcionaba. Ese hombre me marcó. La nuestra era de verdad una relación de hermanos, además teníamos cumpleaños el mismo día”.**

Conoce al dedillo las historias de cada uno de los hombres de la Hospedería.

Es el caso de “los primos”, el inseparable dúo que forman Martín Huentecol (67) y Carlos Pradenas (76), residentes antiguos de la Hospedería, ambos de La Araucanía. Ambos, con consumo problemático de alcohol y complejos problemas de salud. Se nota que los quiere y que ellos le devuelven el cariño aumentado.

“Yo soy la que más gano en esta relación”, afirma ella, mientras el trabajador social a cargo de la Hospedería, Juan Farías (34), comenta: **“La Fran ha sido una bendición. Nos permitió dar continuidad en el día a nuestros servicios, pero sobre todo cambió la dinámica de la Hospedería. Ella es humana y caritativa, en el mejor sentido de la palabra. Siento que con ella revitalizamos lo humano, tanto nosotros como equipo como las personas que acogemos. Ella y la pandemia se sumaron para dejar atrás los individualismos y volvernos todos mucho más una comunidad”.**

Son 200 las historias, 200 los vínculos, presentes siempre, aunque algunos ya no estén. Y cientos las anécdotas. **“¿Me creerás que están cabreados de comer empanadas de camarones con queso? Hace un tiempo nos donaron 278 empanadas de esas y ahora dicen hasta cuándo y rezongan y se van a almorzar a otro lado”.**

Aunque está orientada al hacer, Francisca no es puro pragmatismo. Cuando se detiene, deja de revolver las ollas, ordenar la casa y habla, es evidente que el sentido de su trabajo es absolutamente trascendente.

-El 98 por ciento de los doscientos hombres que he conocido en estos años de lo que carecen es de amor. No tuvieron nunca un referente afectivo que les diera lo más importante: amor.

Y a raíz de eso, empieza todo el tema del consumo de droga, de alcohol, los robos...Yo siento que nuestra misión es restituirles ese cariño que no han tenido, compensarlos por esa falta. Y lo hago a través de la comida, de la cama caliente, de la conversación atenta, profunda, consciente. Más de alguno de ellos me ha dicho aquí mismo: "Hace muchos años que nadie me llamaba por mi nombre". Yo me pongo a llorar escuchándolos y contándote esto ahora.

“

Yo siento que nuestra misión es restituirles ese cariño que no han tenido, compensarlos por esa falta. Y lo hago a través de la comida, de la cama caliente, de la conversación atenta, profunda, consciente.

”



ROSARIO

C O N -

TREERAS

Especialista en busca de valoración

Por María Luisa Galán

16 años, 109 kilos y una personalidad impredecible. Así es la hija menor de esta mujer súper poderosa, que la cuida y aprende y se cultiva para comprender el síndrome de sotos, que aqueja a Inés, quien además tiene autismo severo y epilepsia. Para ello ha sido clave su optimismo, su amor de madre y el empoderamiento que ha logrado en la Escuela de Cuidadoras de Curicó.

“ El papá de la Inés decidió abandonarnos. Se conforma con pagar una pensión de alimentos y se acabó. ”

En estos momentos estoy en una situación complicada y me siento agotada. El papá de la Inés decidió abandonarnos. Se conforma con pagar una pensión de alimentos y se acabó. Siempre he dicho que los niños con discapacidad deberían tener otro tipo de pensión. Con la Inés no puedo trabajar. Vieras la cantidad de cosas que invento. Tejo, vendo detergente, plantas. Busco de alguna u otra forma. Tengo un vehículo con el que a veces hago de taxista, porque los vecinos me llaman y puedo ir con la Inés. Cuando salgo en auto, recojo palitos que las personas han botado a la basura, porque me sirven para la estufa a leña. Con eso cocino y ahorro el gas. Es un constante ir salvando situaciones. Todos los días es solucionar cosas.

Rosario Contreras (54) habla y habla, agradeciendo ser escuchada. Es como todas las cuidadoras, una mujer solitaria, aunque, desde 2019, participa y recibe ayuda del Programa de Apoyo Familiar (PAFAM) del Hogar de Cristo.

Vive en Curicó junto a su hija Inés (16), en la casa que le dejó su ex pareja y que, gracias a la ayuda del PAFAM, pudo reparar ya que el techo estaba lleno de goteras. Inés padece del síndrome de

sotos, autismo severo y epilepsia. “Ella tiene una personalidad especial. Hay momentos en que es muy cariñosa y otros, violenta, le pega al que esté cerca. Hay que tener mucha paciencia con ella”, describe Rosario. Es la menor de sus tres hijos, pero viven las dos solas. Según cuenta, su optimismo ha sido clave para sobrellevar su historia. “Si no fuese así, no sé qué habría sido de mí”.

“La Inés nació con el síndrome de sotos y nos dijeron se iba a normalizar a los cinco años. Los niños con este síndrome nacen grandes de todas partes. Tenía ocho meses de embarazo cuando nació y pesó tres kilos y medio. Fue grande. Tenía la cabeza grande; los médicos pensaron que era hidrocefalia. Hinché tanto, que me dijeron que me la llevara a Santiago para que le eliminaran el supuesto líquido. La Inés era lenta. No quería dejar los pañales, caminar ni hablar. Y eso era típico del síndrome”, cuenta Rosario sobre los primeros años de su hija

menor y cómo se fue detectándose su condición.

Según Rosario, la situación de Inés empeoró cuando le pusieron la segunda dosis contra la tos convulsiva. Ese día se le desarrolló el autismo. Dice que es un tema polémico, porque los doctores no lo quieren reconocer. “Se vacunó a las 10 de la mañana y a mediodía ya estaba hospitalizada. Los cambios fueron horribles. De ser una niña que se reía, pasó a ser una niña ausente. No me miraba. Fue drástico”, recuerda sobre ese periodo, cuando su hija tenía cuatro años. Luego de diversos estudios, se concluyó que estaba intoxicada con mercurio.

Y, como si no fuera suficiente, al mismo



tiempo, comenzó con epilepsias fuertes.

Hoy Inés camina. Habla con dificultad. Y, en general, se desenvuelve “relativamente bien”, en palabras de su madre. A sus 16 años pesa 109 kilos; un dato importante que devela una de las características del síndrome de sotos, que es el aumento de talla y peso. **“Siempre he tratado que aprenda a ponerse los calcetines y las zapatillas, pero a veces se pone primero las zapatillas y después los calcetines”,** cuenta entre risas. **“Inés tiene algo que se llama sinestesia, que es cuando los sentidos los tienes cambiados. Ella come, según el color. Las texturas a veces le provocan dolor. Los ruidos, la luz”,** describe Rosario.

Cuidar a Inés es una tarea 24/7. Es, como lo representa Rosario, estar siempre alerta y expectante. Y es un rol que le imposibilita trabajar porque no hay horarios ni fines de semana. Menos vacaciones. Y, aunque Inés va al colegio, tampoco se puede fiar de ese tiempo por las descompensaciones que también le puedan dar ahí.

Antes de que naciera Inés, ella trabajó como secretaria en una oficina de abogados y promotora de lencería, entre otras cosas. Ahora, no puede. Se dedica a inventar cosas para poder

“

“Ni siquiera puedo ir a hacer aseo a una casa. Es buscar todos los días alguna forma de generar ingresos”

”

generar ingresos extras a la pensión alimenticia que recibe. **“Ni siquiera puedo ir a hacer aseo a una casa. Es buscar todos los días alguna forma de generar ingresos”,** dice.

Rosario fue una de las primeras participantes del PAFAM en unirse a la Escuela de Cuidadoras, una iniciativa creada por el entonces estudiante en práctica Vaddy Monsalve. Hoy es asistente social del PAFAM de Curicó. El proyecto consiste en realizar talleres para todos aquellos que tienen la tarea de cuidar a otros. Hijos, hermanos, padres, cualquier persona que tenga una discapacidad que requiera de cuidado permanente.

Como es el caso de Rosario e Inés. Estos cursos tratan sobre salud mental, qué es la discapacidad y cualquier temática que apoye el trabajo no remunerado que realizan muchas mujeres, ya que son ellas quienes más

se dedican a esta tarea. Según un estudio de CEP Chile del 2021, el rango etario de quienes cuidan a personas dependientes dentro del mismo hogar es de 40 a 60 años. El 76% son mujeres y, de acuerdo a esta investigación, estos cuidadores tienen menos años de escolaridad o educación superior incompleta.

Sobre la Escuela de Cuidadoras, Rosario dice: “Empezamos a ver que somos un sector que está olvidado. A nosotros nadie nos enseña cómo ser cuidadoras. Con el Vaddy hemos tomado asignaturas que aprendimos en el camino, sin saber. Una enfermedad mental es tan compleja, que debes prepararte emocionalmente para estar en condiciones de atender, en este caso, a mi hija. La Escuela es la materialización de muchas cosas que estaban dando vueltas, que aparentemente no tenían sentido. O que uno las hacía por inercia”.

“Vaddy viene, hace los talleres y me escucha. A veces lloramos juntos. Antes no tenía alguien que se preocupara de mí, no sabía cómo sacar los miedos. También creé lazos muy fuertes con Catalina. Ella me hacía talleres de relajación. Imagínate ¡Quién se iba a preocupar de una cuidadora! Un hermano me dice: ‘La

Inés está tranquila, déjala sola, de qué te preocupas’. Y yo le digo: ‘No es que esté tranquila. En cualquier momento le da un ataque y se puede caer, ahogar. Tengo que estar pendiente. La gente cree que es súper fácil. Ella juega con sus cachureos y está bien, pero de repente le da un ataque. O si le da un desajuste de genio empieza a pegar combos. Me ha quebrado vidrios, una mesa. Inés pasa muchos días durmiendo apenas dos horas. Entonces tengo una carga, un cansancio enorme. Y me gustaría que alguien me dijera: ‘Me voy a quedar a dormir contigo y tú duermes tranquilamente’. Sé que no voy a dormir tranquila, pero tal vez un poco más”.

A pesar de todas las dificultades, Rosario tiene el sueño, las ganas y el deseo de que el mundo de las cuidadoras y las enfermedades mentales sean más visibilizadas en Chile. “Es importante reconocer que esta es una labor que necesita ser reconocida y valorada de una forma más tangible. Que se creen oportunidades de trabajo adaptadas a nuestras realidades. La labor de nosotras es de doble sacrificio, esfuerzo e inteligencia, porque todos los días sorteas situaciones complejas. Eres especialista en algo que no está reconocido”.

Al respecto, algo se está avanzando. En junio del 2022, el Gobierno anunció la implementación del Sistema Nacional de Cuidados (SNC), una iniciativa que pretende relevar el rol de quienes cuidan y “apoyarlas con capacitación

y empleo formal, mejorando de esta forma las condiciones laborales para las y los trabajadores del cuidado, e impulsando economías locales bajo una perspectiva feminista y de justicia económica”.

“

La labor de nosotras es de doble sacrificio, esfuerzo e inteligencia, porque todos los días sorteas situaciones complejas. Eres especialista en algo que no está reconocido.

”



VERO-
NICA
TRIVICK

La Reina del Estacionamiento

Por María Teresa Villafrade

Ama las plantas que cultiva en torno a la carpa en que vive, pinta cuadros y todo tipo de objetos que regala a sus clientes a los que les lava sus autos. Su centro de operaciones es el estacionamiento del estadio Hernán Villanueva en la población Gómez Carreño, donde realmente reina. Sueña con tener un local de car wash antes que una vivienda propia y con exponer sus pinturas.

“La vida que yo podía darles no era justa para ellos. Fui mamá a los 20 años y abuela a los 35, tengo tres nietos, de 16, 10 y un año y nueve meses.”

Estudió hasta cuarto medio en la escuela nocturna pero no terminó. Nacida y criada en Iquique, Verónica Trivick (51) es madre de tres hijos de 31, 25 y 16 años, pero solo la del medio se crió con ella. Los dos varones crecieron con sus respectivas abuelas, debido al consumo de drogas contra el cual ella ha luchado toda su vida.

“Tengo buena relación con todos mis hijos. El menor está estudiando en Ovalle y vive con mi suegra y el mayor me dio las gracias por haberlo dejado a buen cuidado desde pequeño. La vida que yo podía darles no era justa para ellos. Fui mamá a los 20 años y abuela a los 35, tengo tres nietos, de 16, 10 y un año y nueve meses”, cuenta con orgullo. De su infancia no tiene buenos recuerdos, aunque todavía agradece tener a sus dos viejitos vivos

¿Sabes cuál es el origen de tu apellido Trivick?

-No tengo la menor idea, parece que es portugués. Mi papá con mi mamá no tuvieron una educación buena, estudiaron hasta sexto básico. Eran de muy baja situación, se casaron muy jóvenes y vivían en Cavancho. Mi papá trabajaba arrendando canoas en ese tiempo. Mi mamá tiene 11

hermanos y le tocó hacerse cargo de los menores.

Cuenta que en 1972 su familia se instaló en la población Gómez Carreño en los tiempos en que era una toma. “Una pampa desierta, aquí no había nada”. Ella tenía dos años y su hermano mayor, tres.

“Mis papás hicieron una casucha de cartón, de cholguán, y para 1973 por acá pasaron los tanques con milicos. Yo salí de mi casa a los 15 años, mi papá me consiguió el primer trabajo que fue en el mercado, desde entonces siempre me ha gustado vivir sola, hacer mis cosas, no depender de nadie. Siempre he sido llevada de mis ideas. Estudié en la escuela D90 y después en la Escuela 2 Paula Jaraquemada. La enseñanza media la hice en la escuela nocturna, no terminé cuarto medio porque sinceramente me metí en el vicio, en la droga, la pasta base”.

¿Por qué razón?

-Yo no culpo a nadie, porque mi primera vez fue cuando tenía 18 años, había ido de vacaciones a Arica donde mi tía con mi hermano menor y allí la probé. Volví a mi casa y dejé de consumir porque no me gustó en realidad. Cuando quedé embarazada a los 19 años de mi hijo mayor, ya

consumía y decidí dejárselo a mi suegra porque la vida que yo llevaba no era justa para él. Mi suegra se hizo cargo de él y ella me dijo que cuando quisiera ir a verlo, podía hacerlo. Pero en la situación que yo estaba, era injusto que mi hijo me viera así.

Estuvo casada con el padre de

“

“Mi suegra se hizo cargo de él y ella me dijo que cuando quisiera ir a verlo, podía hacerlo. Pero en la situación que yo estaba, era injusto que mi hijo me viera así.”

”

su hijo apenas dos años, pero él también era consumidor. “Tuvimos una conversación entre los dos. Resolvimos que no podíamos estar juntos porque al final íbamos a hacerle daño a nuestro hijo y no íbamos a salir adelante. Optamos por separarnos y él hizo su vida, yo seguí en la calle. Él se rehabilitó y se volvió a casar”, recuerda.

Verónica viajó a Santiago y entró al centro de rehabilitación Remar Chile, una organización dedicada a apoyar a los marginados. Su hija Nataly nació



en la capital y cuando tenía tres meses, se devolvieron juntas a Iquique.

“Un 10 de septiembre, cuando ella tenía un año de edad, dejé la droga de la noche a la mañana y duré 21 años sin consumir. Ella fue el soporte que me dio fuerzas para salir adelante. Me siento muy orgullosa de ella, se graduó en la Universidad Santo Tomás”.

Verónica se puso a trabajar en la fiambrería de un supermercado. Ahí estuvo durante varios años hasta que un día, unas amigas le ofrecieron trabajar en Calama, haciendo aseo en las casas de “Chuqui”, la mina de Codelco.

“Yo llevaba ya cuatro años sola, sin pareja, no quería a nadie en mi vida. Me fui a Calama y un día 13 de abril cuando estaba en la hora de colación, veo de repente a un muchacho que bajaba de Chuqui con su ropa de trabajo de la mina; me enamoré a primera vista. Yo tenía 33 y él 18 años con ocho meses”, dice, emocionada.

Él, de profesión electricista, se convirtió en el padre de su tercer hijo. Llevan 18 años juntos, con idas y venidas, pero ahora él está preso en la cárcel de Alto Hospicio desde febrero. **“Hizo algo que no debería haber hecho”,** dice ella sin intentar justificarlo.

El principal sustento de Verónica ha sido desde hace mucho tiempo el lavado de autos en el estacionamiento del Estadio Hernán Villanueva, ubicado en Pedro de Valdivia con Las Zampoñas, en la población Gómez Carreño, en Iquique, donde ella siempre ha vivido. Allí tiene su carpa de color celeste, al lado de la cual flamea una bandera chilena y está rodeada de las plantas que ella cuida con real amor, al igual que a sus dos perras.

“Yo no sabía lavar autos pero uno aprende. Tengo hartos 'caseros' que vienen para que les lave sus autos y a veces me traen ropita, cobertores, mercadería. Cultivo hartas plantitas, me fascinan, dan vida, salud, son una alegría porque las veo crecer y florecer. Yo les hablo, les canto. A algunas no las conozco, pero las planto igual. Tengo tomates de esos chiquititos, los cherry, tunas, limones, ají cacho de cabra, ruda, ahora recién me trajeron un lirio y una palmera”, dice.

No solo eso, también tiene dotes de artista. Le gusta pintar cuadros, botellas, madera que le regala el vecino dueño de la botillería cercana, que también hace muebles. A los monitores de Hogar de Cristo que la visitan les ha regalado varias de sus obras como también a sus clientes. Jamás ha pensado en vender sus creaciones y explica por qué:

“No me gusta vender mi arte, no me nace, he regalado harto, a las jefas de los programas Hogar de Cristo, a mis caseros. Lo hago en realidad para que vean mi creatividad. No por vivir en la calle, uno puro consume droga, anda todo cochino, no. Independientemente, de vivir aquí, quiero que me vean de otra manera. Yo no he pasado toda mi vida en la calle, tengo mis estudios, tengo la base de lo que me dieron en mi

casa, lo que yo hago es lo que quiero reflejar de mi persona”.

¿Qué quieres reflejar?

-En los cuadros hay oscuridad, claridad, hay belleza, colores que inspiran a las personas. Hay cuadros que de repente me salen para que tú uses la mente y busques la figura que sale dentro. Yo siempre he tenido una obra que si pones derecha, puedes encontrar una mujer y hartos animales, pero tienes que buscarlos. Si la pones hacia abajo, hay una mujer embarazada. Es algo que me gusta mostrar para desafiar a mis caseros, les digo cierren sus ojos por unos minutos, ábralos y díganme qué ven en el cuadro, y ellos los encuentran. Les digo “ponga el cuadro como quiera y busque las imágenes”.

No pone su firma en ninguna de sus obras pero sueña con algún día exponerlas.

“Me gustaría primero arrendar un local y comprar máquinas para lavar autos, algo bien bonito, siempre trabajando yo. No dejaría de trabajar, comprarles unas casas a mis hijos, ponerles platita en el banco, y tener a mis perras, que siempre van a estar al lado mío. También exponer alguna vez mis cuadros, sería bonito”.

Gracias a su trabajo, puede ayudar a su marido que está preso, a sus hijos.

Tiene a varios chicos que trabajan con ella porque sábado y domingo la demanda crece mucho, su único día de descanso es el lunes.

¿Significa que ya no estás consumiendo?

-Para qué voy a mentir, sí, pero no como antes al extremo, por la edad debo cuidarme, y tengo mis responsabilidades, mis dos perras, tengo que comprarles comida, juntar platita para llevarle encomienda a mi marido, pagar el agua, porque acá yo pago el agua, comprar mis cosas, comer, darme mis gustos, comprar los insumos para poder lavar autos. Son unos bidones de 22 litros que compro, la cera, la silicona, el champú, son 96 mil pesos al mes. Y tengo que pagarle al joven que me las vende, a veces le paso de diez, veinte lucas. A los que me ayudan acá también tengo que pagarles, dependiendo del día les pago diez lucas diarias, son vecinos del sector.

Es tan conocida que tiene varios sobrenombres: Flaca, Shakira, la Reina del Estacionamiento e, incluso, la Chica Sexy. **“Me siento bien, son todos nombres que me dicen con respeto”**, asegura.

Vives desde hace siete meses sola aquí, ¿no tienes miedo?

-Tengo harta fe, confío en el Señor, creo hartito en Dios, yo paso sola acá

en la noche. De repente, los chicos que trabajan conmigo me vienen a ver, se pegan su vuelta, me preguntan “Vero, cómo estái?”. Todo bien, yo antes de acostarme le pido al Señor que ponga alrededor mío sus ángeles para que me protejan. Con el tiempo me he sabido defender sola. Pongo mis puntos también.

“

(...) No dejaría de trabajar, comprarles unas casas a mis hijos, ponerles platita en el banco, y tener a mis perras, que siempre van a estar al lado mío.

”



KAMILA
GARCÍA

A Kamila le sobra calle

Por María Teresa Villafrade

La conocimos gracias a Acción Solidaria, cuando en plena pandemia creó la fundación Unidos para Ayudar (UPA) con el sueño de dar una mano a las personas en situación de calle. La trabajadora social ha arriesgado hasta su título profesional por esta misión, pero ella nunca olvida la primera vez que vio a una persona en calle. Tenía 12 años y desde entonces no ha parado de luchar por darles dignidad y respeto.



A los 12 años me di cuenta que la realidad que yo vivía no era la misma para todos.



"A los 12 años me di cuenta que la realidad que yo vivía no era la misma para todos", parte contando Kamila García (29), trabajadora social que definió su vocación apenas supo que existía una carrera que, a su juicio, no es suficientemente valorada en Chile, que es muy mal pagada siendo que su rol es fundamental para una sociedad que busca progresar en equidad.

"Ha faltado visibilizar más la importancia de nuestro rol, posicionarnos, porque nosotros tenemos que atender todos los espacios en los que una persona se relaciona, sabemos mucho de todo pero no hacemos mucha investigación. Es una profesión ingrata, tienes que saber de sicología, de medicina, de todo, pero cuesta que se le dé importancia de lo que hacemos para lo esencial que es", explica.

Recuerda que si bien su familia se alegró de que ella quisiera seguir estudiando tras finalizar el colegio, le advirtieron que la profesión para la cual se preparaba no le iba a dar para vivir, que siempre iba a ser pobre.

"Yo sufrí de bullying en el colegio desde sexto básico y cuando terminé cuarto medio decidí que no quería estudiar

nunca más, sentarme en una sala de clases y estar con compañeros, hacer exposiciones, no quería nada de eso. Por eso cuando supe que existía la carrera de Trabajo Social, me enamoré, dije esto es lo mío y superé el trauma de infancia que arrastraba conmigo. Mi papá fue volando a matricularme apenas le conté mi decisión”, recuerda.

“

Por eso cuando supe que existía la carrera de Trabajo Social, me enamoré, dije esto es lo mío.

”

Kamila cuenta que su vocación por ayudar a otros partió a los 12 años cuando debió acompañar a su abuela al hospital.

“Hasta ese día, yo vivía en una burbuja de clase media alta, pensaba que todo el mundo se atendía en una clínica como yo. Ese día en el hospital, vi por primera vez en mi vida a una persona durmiendo en el suelo. La gente lo miraba y pasaba de largo. Recuerdo que me acerqué al caballero, lo ayudé a levantarse y me

di cuenta que estaba borracho. Me puse a conversar con él y me contó toda su historia”, recuerda.

Dado que le tocó ir varias veces al hospital, dice que un día se dio cuenta que el hombre tenía los “ojos azules como el mar, preciosos”, y como él trabajaba de cartonero, ella le llevaba unas “lucas” y colaciones para que pudiera resistir la jornada.

“Me pegó muy fuerte conocer la realidad de las personas en situación de calle. Desde entonces, siempre que veía a alguien en la calle, yo intentaba ayudarlo, le daba algo, un cigarrito, lo que fuera. Por eso cuando cumplí los 18 años y supe que existía la carrera de trabajadora social, fue una revelación para mí”.

Fue su hermana mayor, por parte de su padre, la que la ayudó y le contó. “Ella es psicóloga, me orientó y nunca olvidé lo que me dijo: que yo debería estudiar Párvulos, Terapia Ocupacional o Trabajo Social. Le pregunté ¿qué es trabajo social? Y ella respondió: Imagínate que el Estado te dé diez millones de pesos y con eso tienes que tratar de ayudar a la mayor cantidad de gente posible. Yo quedé impactada, ¿en serio existe eso?”.

Entró a estudiar al instituto profesional

AIEP; primero, la carrera técnica, y después siguió hasta obtener el título profesional.

Su experiencia laboral comenzó en una organización llamada Tibet haciendo lo que más le ha gustado siempre: rutas calle. Estuvo dos años allí y después se cambió a Moviliza, otra organización que trabaja con personas en situación de calle.

Me contrataron para la central de coordinación. Así, tuve la oportunidad de conocer todo el sistema del programa **Noche Digna**”, agrega. Pero su fuerte motivación por ayudar especialmente a los menores de edad que se encontraban tan vulnerados, le jugó una mala pasada. Kamila explica:



“Se presentaron dificultades, porque yo y dos amigos más nos llevamos a vivir con nosotros a ocho niños que estaban en situación de calle. Fue tal la repercusión que nunca más me dejaron trabajar para una organización que tuviera financiamiento del Estado. Parece que les echamos abajo un proyecto de un albergue para niños en situación de calle. Me dijeron que estaba vulnerando los derechos del niño, pero lo que intentaba era evitar que se vulneraran sus derechos. Nos quisieron hacer un sumario, yo era la única que tenía título de todas las personas involucradas. Tenía miedo, pero asumí las consecuencias. Si me quitan el título, estudiaré algo afín.

El conocimiento no te lo va a quitar nadie”.

Dice que al final todo salió bien y que algunos de esos niños lograron reinsertarse. En vista que se le cerraron muchas puertas, dejó toda la labor social de lado hasta que unos amigos empezaron a insistirle que retomara las rutas calle, que esa era su pasión. **“Yo era la que me estaba frenando”.**

Así nació Unidos para Ayudar (UPA), en plena pandemia, entregando platos de comida a los

más necesitados y excluidos de la sociedad.

“La palabra UPA busca que todos se sientan parte de la organización. Si falta un eslabón, no funciona. Significa démosle para adelante, solo falta que tú digas ¡chalupe!”

Kamila García arrendaba una pieza en una casa cultural en La Florida. Preguntó si podía guardar donaciones de la gente una o dos veces a la semana, y si se podía cocinar allí.

“Me dijeron que sí y así empezamos a hacer rutas calle. No me puse freno. Llevaba registros de todo, fotos y de información. Nunca le tomamos fotos a la gente recibiendo un plato de comida porque eso lo encuentro denigrante, pero sí a los voluntarios en terreno, a las cajitas vacías cuando llegábamos de vuelta. Empecé a jugar con el excell para organizar el trabajo, iba dando cuenta de todo lo que hacíamos, para ser transparentes: de todo. Por eso empecé a hacer las planillas con registros de lugares a dónde íbamos, qué entregábamos, cuántos voluntarios -llegamos a ser 20-, hasta la placa patente del auto que salía a repartir los alimentos”, dice.

Kamila se encarga de la logística y las salidas al terreno. “Nuestra labor no es entregar solo comida, es conocer sus historias, hablar con ellos. Me preocupo por conseguir siempre alimentos nutritivos porque son personas que comen de vez en cuando legumbres, por ejemplo. Me iba a los negocios de mi sector, donde siempre compro pan, verduras, y les pedía un par de zanahorias, una cebolla. Ellos se reían de mí, porque les pedía de a poco y al final ya sabían y me tenían de todo. Cami te tengo fruta, te tengo pan”.

Luego de todo el primer año de labor de su fundación, ella hizo lo que define como “un barrido social por la ciudad”, identificando al menos 60 puntos calle en las comunas de La

“

***Nuestra labor no es
entregar solo comida,
es conocer sus historias,
hablar con ellos.***

”

Florida, La Granja, San Miguel, Puente Alto, Maipú, Pudahuel, Pedro Aguirre Cerda y Peñalolén.

“Me pasaba mucho cuando yo trabajaba en Moviliza que te decían en la Copec hay gente en situación de calle, pero vas y te encuentras allí con 8 mil escondites. Entonces en mi planilla yo anoto todo con observaciones: las personas están detrás de los aparatos para inflar los neumáticos. Así, el día que yo no salgo, otros voluntarios pueden encontrarlos. Se hace el trabajo más expedito”.

Kamila recuerda que fue a tocar las puertas de Acción Solidaria de Hogar de Cristo. “Les pedí ayuda con unos flyers digitales para pedir donaciones de ropa y de inmediato me contactaron y me empezaron a ofrecer cosas que nunca les pedí, incluso nos apoyaron con lucas de unos fondos que ellos tenían. Toda esa entrega en lo personal siempre me ha sorprendido y ayudado mucho en la vida. Desde que dejé de vivir con mi mamá, me costó mucho pedir ayuda en lo que fuera que yo necesitara y UPA me ha enseñado que pedir no es malo sobre todo si es para una buena causa, incluso si es para mí”.

Lamenta no poder dedicarse ciento por ciento a la fundación. Debe ganarse la vida y para eso trabaja haciendo aseo y también con jóvenes egresados del Sename.

“Mi sueño es que no muera gente en la calle. Se me rompe el corazón, no lo tolero. Un día le pregunté a un amigo si se podía ayudar a todos y me dijo que no. Entonces me puse a llorar de frustración, porque la gente no cree o cree que no se puede, esa falta de fe me dio mucha pena. Yo, porfiada, lo intento igual. Pesqué todas las comunas que había recorrido, dividí, por ejemplo, en La Florida había 15 puntos calle, en San Miguel, 12, y en todas las comunas con más de 10 puntos calle, empecé a buscar voluntarios por comuna. Así, los que cocinaban para la ruta en La Granja, son voluntarios que viven en esa comuna, los recursos que se levantaban era de ahí mismo, eso permitía que los voluntarios destinaran menos tiempo para hacer sus tareas y que fuera de manera más focalizada. Se produce un acercamiento importante, una relación. Si alguien sabe que una persona necesita calcetines, era más fácil que se acordara y se los llevara porque vive en su sector, el trato directo se hace más expedito. El 2021 logramos levantar trabajos en siete

comunas: Maipú, Pudahuel, Pedro Aguirre Cerda, Peñalolén, La Florida, La Granja y San Miguel”.

Su fundación está focalizada en atender principalmente a las personas mayores

en situación de calle. “Querría tener una casa para ellos, donde puedan ser cuidados con dignidad y morir bajo un techo. Que mueran con una manito al lado de ellos. Sabiendo que alguien los acompañó hasta el final”.



“

Querría tener una casa para las personas mayores en situación de calle, donde puedan ser cuidados con dignidad y morir bajo un techo. Que mueran con una manito al lado de ellos. Sabiendo que alguien los acompañó hasta el final.

”



MARÍA
FLORIDEMA
GÓMEZ

María Floridema hoy tiene una casa...

Por Ximena Torres
Cautivo

...pero perdió una pierna. El caso de esta adulta mayor alegre y optimista que forma parte del PADAM de Ancud, es un elocuente reflejo del abandono y la vulnerabilidad que padece este grupo etario en Chile. La conocimos el verano de 2020, la volvimos a ver el invierno de 2022. Ya no vive en una rancho a la orilla del mar, tiene casa propia y de cuidadora de su hija con discapacidad, pasó a ser cuidada por ella. Una historia que emociona y moviliza.

“
Cuando me quedé sola, quise irme para siempre, yo con mi guagua, la Yanett. Me acosté sobre una piedra esperando que una gran ola nos llevara...”

Hoy María Floridema Gómez (80) tiene casa nueva. Es básica, de subsidio, en una población en lo alto de Ancud, lejos del mar y de su orilla, donde hace tres años recolectaba luga, un alga común en la isla de Chiloé. Modesta, sin duda, pero propia, hermética y calentita, con agua potable, luz y baño. Muy diferente al rancho en el sector de tomas conocido como Fátima, donde María Floridema vivía junto a su hija Yanett (48), que es sorda y tiene discapacidad intelectual. Madre e hija hoy disfrutaban del cambio; son desde siempre una dupla inseparable y el traslado ciertamente ha revolucionado sus vidas.

Las conocimos durante el verano de 2020, con sus cinco perros, doce gatos, tres pollos, dos patos, viviendo a la orilla del mar, juntando algas para aumentar sus respectivas pensiones de poco más de 190 mil pesos cada una, de viudez y de invalidez, respectivamente. Entonces soñaban con una casa propia, pero la posibilidad se veía muy lejana.

Hoy, la casa propia es un logro que se materializó durante los tiempos de pandemia, gracias a las gestiones de la Municipalidad de Ancud y del Programa de Atención Domiciliaria para Adultos Mayores (PADAM) que Hogar de Cristo tiene en Ancud.

La trabajadora social, concejala del municipio, activista huilliche y jefa del PADAM, Ruth Caicheo, conoce la situación María Floridema y su hija desde hace unos siete años. La alcanzó a ver viviendo en situación de calle en Arena Gruesa y acudiendo de manera frecuente al desaparecido Comedor Fraternal a almorzar. “Claro que mucho más la conoce la tía Fanny”, dice, aludiendo a su alegre escudera, la técnico social, Fanny Torres (70), que lleva unos 15 años trabajando con la población más vulnerable de esta ciudad chilota.

Juntas, atienden a 7 hombres y 23 mujeres, con historias de precariedad y desamparo inenarrables, que ellas registran en archivadores y a quienes visitan regularmente para aprovisionar de papas, leña, alimentos no perecibles, pañales, y apoyarlos en sus visitas médicas, trámites diversos, además de acompañarlos en su soledad cotidiana, inventando toda suerte de actividades de integración e inclusión.

-María Floridema era una participante activa de nuestro programa, siempre fue la que motivaba a sus pares a participar, la que veía lo bueno de la vida, pese a haber tenido una existencia llena de dificultades y a ser una de las acogidas más vulnerables de nuestro programa. Vivía con su hija

Yanett en una toma, en una rancho, como decimos acá, parada con latas y tablas, sin servicios básicos, sin luz ni agua.

Nacida en Osorno, María Floridema tuvo 11 hijos, de los cuales sobreviven 9. Yanett, a la que llama **“mi guagua”** es la menor y ha sido su compañera, su angustia y su alegría en estos 48 años que llevan juntas. Cuando su marido murió, ambas quedaron libradas a su suerte en Chiloé.

El verano de 2020, cuando las conocimos nos contó: **“Cuando me quedé sola, quise irme para siempre, yo con mi guagua, la Yanett. Me acosté sobre una piedra esperando que una gran ola nos llevara. Fue por Arena Gruesa, pero me sujetó la finá Fernanda Gallardo”.**

Ese episodio corresponde a los años de su vida en calle, etapa donde ambas adquirieron el hábito del consumo de alcohol. **“Eso afectaba más la salud de la señora María, lo que se suma a su problema de diabetes. Ambas consumen, pero ellas nos ocultaban el tema. Son fiesteras. Nosotras trabajamos con ellas desde la estrategia de reducción de daño. Además, el consumo, de Yanett, al menos, no era excesivo. También nos importa hacer un acompañamiento**

permanente, porque ellas no tienen vínculos significativos. Conocíamos de las visitas esporádicas de algún hijo que venía de Osorno, porque María Floridema tiene varios allá, pero su gran amor, es Yanett, su guagua. Su preocupación permanente siempre ha sido qué va a ser de Yanett cuando ella no esté”.

Por eso, la casa propia es aún más importante para ambas y las responsables del PADAM se esforzaron tanto en conseguirla:

“Nuestro primer objetivo era que tuvieran una vivienda propia y digna, con las condiciones mínimas que cualquier ser humano merece: luz eléctrica, un baño, una casa que no se llueva ni se vuele con el viento. Comenzamos a trabajar el tema del ahorro e hicimos un trato con María Floridema: todo lo que nosotros le llevábamos en víveres e insumos, debía valorizarlo y convertirlo en ahorro para la vivienda. Así, todos los meses, ahorra como veinte o treinta mil pesos. Juntamos casi trescientos mil pesos, que es una suma muy importante para ella, y así pudimos postularla al subsidio y el municipio la consideró un caso de priorización social”.

María Floridema hoy tiene una casa...

pero perdió una pierna. Una y otra cosa, la buena y la mala, pasaron casi simultáneamente, durante los peores tiempos de la pandemia.

–Fue en el tiempo de las murras – cuenta Floridema, con acento chilote y decires sureños. –Fuimos con la Yanett

“

Nuestro primer objetivo era que tuvieran una vivienda propia y digna, con las condiciones mínimas que cualquier ser humano merece...

”

para allá abajo, a Pudeto, a recoger murras. En eso estábamos cuando algo se me clavó en el dedo grande. Y como tengo diabetes... Yo no me di cuenta, porque podría haber ido al Hospital a tiempo y quizás no me habrían cortado la pierna –dice sin fatalidad, esperanzada en que le den una prótesis.

Aunque en la noche María Floridema sufre “dolores fantasma” en su pierna inexistente, es optimista. Sueña con “volver a la playa y tirar el rastrillo al mar, bien adentro, para arrastrar toda la luga para afuera, igual como

hacía antes. Creo que podré hacerlo si me ponen la prótesis". Y Yanett, a quien cuesta entenderle, llora cuando hablamos de la pierna que perdió su mamá. Es un tema que la entristece, pero que ha logrado sacar lo mejor de sí misma.

–Para nosotros que hoy sea Yanett quien cuida a María Floridema es emocionante. Hoy le cocina, hace pan, le pone los pañales, la saca a pasear en la silla de ruedas, demostrando unas capacidades que nos han sorprendido –comenta Ruth Caicheo, quebrándose, emocionada. Y agrega: –María Floridema se ha deteriorado mucho: ya no canta, ya no baila, ya no podremos tenerla arriba de los escenarios, porque en todos los actos en Ancud ella era nuestra adulta mayor estrella, nuestra representante en todas las iniciativas de la comuna. Le encantaba participar, era muy alegre y simpática. Conquistaba a todo el mundo. Verla hoy amputada, incapacitada y tan dependiente, es triste y alentador al mismo tiempo por el rol que está jugando Yanett.

Lo que te quiebra, te emociona, es la inversión de roles. Que hoy la hija cuidada se haya convertido en la madre cuidadora. ¿Cuál es tu reflexión al respecto?

–Hoy María Floridema está cosechando todo el amor que sembró en Yanett; el no haberla abandonado nunca, el haberla cuidado siempre. A pesar de su discapacidad intelectual, que no es mucha y que con tratamiento adecuado pudo haber sido más manejable, Yanett está disponible para su madre. María Floridema no necesita que ella hable bien para entenderla, porque el lenguaje del amor las conecta. Agradezco que ella cuente con su hija, cuando los ocho restantes, la abandonaron.

Yanett, como su madre, no lee ni escribe. Sabe manejar el dinero, pero de manera básica y es evidente que requiere mucho apoyo en términos de higiene y organización, más allá

“

María Floridema no necesita que ella hable bien para entenderla, porque el lenguaje del amor las conecta.

”

de las necesidades económicas. La casa nueva hay que mantenerla y esas tareas domésticas necesitan de guía. Ruth y Fanny hacen todo lo que pueden. Están atentas a sus urgencias, pero tienen que ocuparse de otros 29 adultos mayores de la comuna.

En la casa nueva de Floridema y Yanett la estufa caldea el ambiente y reconforta el ánimo, pese a las penurias, a la pierna que falta, a la prótesis que no llega, a la vida que pasa. **“Así como**

Yanett ha entendido que su madre es todo para ella, sabemos que como Hogar de Cristo nosotros somos algo parecido a su familia y por eso no las abandonaremos nunca. Ese es nuestro mandato y es nuestra **alegría**”, dice Ruth, mientras todas nos abrazamos y **“apapachamos”**, como dice Fanny, en chilote, mientras **“su”** mar se encrespa y la lluvia toca el piano sobre el techo de zinc.



